

# EL CENTENARIO DEL MARTIRIO DEL BEATO PEDRO ALMATÓ

El día 18 de junio de 1862 era solemnemente canonizado en Roma por el papa Pío IX nuestro ínclito San Miguel de los Santos. Los vicenses que acudieron a tan fausto evento viéronse sorprendidos aquellos días por la noticia llegada a la ciudad Eterna que en las misiones del Tunkin había sucumbido en el martirio por la fe, el joven dominico Fray Pedro Almató Ribera, el día 1 de noviembre del año anterior. La noticia llegada con el retraso obligado por la larga distancia que mediaba con un país, por otra parte sometido bajo la férula de una cruel persecución, cundió en el orbe cristiano que se admiró de la heroicidad del martirio, compartido junto con los obispos dominicanos Berrio-Ochoa y Hermosilla

La diócesis vicense que acababa de ver glorificado en los altares al extático Serafín de Ausona, fue conmovida por la ejemplaridad del testimonio de Cristo, rubricado con su sangre, por el joven dominico nutrido en la religiosidad más pura de la Comarca del Lluçanés.

Pedro Almató había nacido sólo treinta un años antes en San Felio Sasserra el día 1 de noviembre de 1830. Hijo del médico del pueblo, el Dr. Salvio Almató, y de su consorte Dña. Antonia Ribera, recibió el mismo día las aguas regeneradoras del bautismo.

Educado desde la más tierna niñez en el seno de la piedad familiar, supo armarse en su adolescencia con el ejercicio de las mejores virtudes que salvaguardaron su inocencia bautismal. En su pueblo natal y luego en Oristá, donde se retiró su familia durante el período de la primera guerra civil, en 1838-40, siempre halló el auténtico ambiente sano que lo hizo inmune a los lodazales que marchitan la lozanía de la flor y también abundante de ejemplaridad y estímulos en los que arraigó el crecimiento del espíritu. En Oristá inició los primeros estudios con los rudimentos de latín aprendidos bajo la maestría del dominico exclaustro, P. José Vinyoles, quien preparó su alma para recibir el rocío de la vocación.

Pasó al Seminario de Vich en el curso de 1842, aplicándose durante cinco años a los estudios del latín y de la retórica, con la rígida disciplina escolar que vigía en aquel centro que aun conservaba con toda su intensidad el impulso renovador que le había impreso un hombre altamente extraordinario el obispo Dn. Pablo de Jesús Corcuera, y de cuya formación acababan de salir almas de temple tan elevado como Balmes y Claret. La vocación del joven Almató se le orientaba empero hacia otros rumbos. Percibió el latido que encauzaba el ritmo de su vida hacia las misiones en el seno de la familia religiosa dominicana. En sus ansias y en sus dudas, halló la luz que iluminó su senda y que afianzó su voluntad en el con-



sejo que solicitó del misionero Mn. Antonio M.<sup>o</sup> Claret, quien leyó las intimidades de su alma.

Resuelto a realizar su vocación, pidió el hábito dominicano al único Colegio permitido entonces a la Orden y establecido en Ocaña como seminario de las misiones que tenían asignadas en Filipinas. Una vez resueltos los informes favorables, fue admitido en agosto de 1847, despidiéndose de sus padres y familiares y de sus condiscípulos de Seminario para ingresar en dicho centro, donde vistió el hábito el 25 de septiembre. Corto le debió parecer el noviciado que terminó al año siguiente con la profesión religiosa. Siguió luego los tres cursos de filosofía y el primero de teología, recibiendo las órdenes menores y el subdiaconado en las Témporas de Navidad de 1851.

Terminado el curso siguiente fue inmediatamente destinado a las misiones de Filipinas, embarcándose, con otros compañeros, en la fragata «Victoria» el día 7 de julio de 1852. El viaje, muy largo y penoso entonces, puesto que era obligado contornear las costas de África doblando el Cabo de Buena Esperanza, para pasar del Atlántico al Pacífico, se prolongó hasta el 18 de noviembre fecha de la llegada a Filipinas. Un mes más tarde recibió el diaconado y después del último curso de formación le fue conferido el presbiterado el día 18 de noviembre de 1853.

El celo misional que le consumía se traslucía en las edificantes cartas que de tiempo en tiempo dirigía a su padre. No es raro, pues, que sus superiores lo asigna-

ran a las misiones que tenían diseminadas en el tumultoso Tunkin, a donde se dirigió en 1855 después de unas largas demoras en Hong Kong y Macao, luchando con el adiestramiento en la difícil lengua del país. Destinado al distrito de Tienham pronto pudo desplegar su incansable labor apostólica. Uno de sus catequistas le sacó la efigie vestido con el traje del país que el joven misionero envió a su padre. Aun dentro de la imperfección del dibujo y de la ingenuidad del colorido, el esfuerzo del artista logró darle una semejanza de perfil que acusa su temperamento resuelto y constante. Nada le arredró, a pesar de su naturaleza débil y enfermiza puesta duramente a prueba entre las asperezas del clima y de las dificultades ofrecidas por los terrenos en los que desplegó su acción. Pero ni menos le detuvo la mayor contrariedad suscita a por el decreto emanado bajo el reinado de Tu-Duc, en 1858, levantando una furiosa persecución que, al condenar a muerte a los misioneros, tendía a la extirpación de los centros misionales y de las comunidades de fieles.

El 3 de agosto de 1859 escribió por última vez a su padre confortándole en caso de que llegase a su conocimiento el que le hubieran martirizado por la fe. Así se despidió de sus familiares cuando ya llevaba siete meses de estar escondido. Protegido últimamente por unos cristianos en un barco de pescadores junto con su prelado Ilmo. Berrio-Ochoa, no tardó en ser denunciado por un falso cristiano el día 25 de octubre de 1861. La detención del prelado y del P. Almató junto con la del patriarca de las misiones Ilmo. Hermosilla, fue un espectáculo ante la muchedumbre que vió pasar a los tres religiosos encadenados y con la cabeza metida dentro de un cepo. Los tres se negaron a pisar una cruz que habían extendido en el lugar de su paso por lo que, después de un interrogatorio ante el gobernador, quedaron condenados cada uno de ellos a ser metidos dentro de una jaula. El día 1 de noviembre fueron ejecutados, ante una inmensa multitud, bajo la espada que cercenó sus cabezas.

A pesar de la orden de destrucción de los cadáveres, estos pudieron recibir sepultura en el mismo lugar del suplicio y fueron rescatados por los cristianos en 1862 llevándolos a Tho-Ninh. Más tarde el cuerpo del P. Almató fue sepultado en Mot.

Algunos años más tarde otro dominico vicense, el P. Fray Antonio Colomer que durante varios años fue vicario apostólico y que pasó a aquellas misiones, vino a ser el custodio de las reliquias de su paisano y por su mediación se obtuvo que el cuerpo del mártir pudiera ser llevado a Vich en 1888. El día 5 de junio llegó en barco al puerto de Barcelona, donde recibido procesionalmente fue depositado en la iglesia de San Pedro de las Puellas y al día siguiente llevado a nuestra ciudad en la iglesia de Santo Domingo. En ella se celebró la función religiosa que terminó con la ceremonia de conducción del venerable cuerpo a la iglesia de las Dominicas de la Anunciata.

Instruido el proceso del martirio del P. Almató y de sus compañeros, el Santo Papa Pío X procedió a su beatificación el día 20 de mayo de 1906, asistiendo en ella el prelado vicense Ilmo. Dr. José Torras y Bages, quien a 10 de diciembre del año anterior había publicado una fervorosa alocución en la glorificación del mártir, completándola con una carta pastoral de 1 de agosto de 1906 sobre «El misterio de la sangre, o sea mártires y anarquistas».

Las fiestas organizadas en honor del nuevo beato se celebraron en su pueblo natal de San Felio Sasserra en los días 24-26 de agosto. En Vich ¿lo fueron del 5 al 7 de octubre con un triduo solemnísimoo en la Catedral, quedando desde entonces el altar que le fue erigido en la iglesia de las Dominicas de la Anunciata en el que, y dentro de una urna, quedó expuesta la reliquia de su cráneo, mientras los restos de su cuerpo descansaron en un nicho al lado del altar. Desgraciadamente estas venerables reliquias, que con tanta estima habían sido recogidas después del martirio y que con tantas diligencias fueron obtenidas para ser veneradas en Vich, quedaron dispersas y perdidas en el vendaval de 1936.

Al cumplirse el centenario del martirio del insigne beato Fray Pedro Almató, se renueva una de las páginas más gloriosas en la efemérides de la diócesis que mejor evocan los hombres y las instituciones que en el siglo pasado fueron el exponente de su más alta espiritualidad.

EDUARDO JUNYENT, pbro.

